

## INTEGRACION DEL ESTADO

El mundo occidental avanza hacia una completa mecanización. La división del trabajo que se viene intensificando desde hace un siglo y la articulación de las funciones sociales en vastas estructuras eficaces, conducen necesariamente a un progresivo menoscabo de las iniciativas intelectuales. Los individuos y los gremios, al servicio de las técnicas productoras, son obligados a concretarse en labores cada vez más especializadas, que requieren un minimum de esfuerzo intelectual, y que, andando el tiempo, se convierten en hábitos con la consiguiente reducción de las capacidades creadoras.

A medida que la técnica — maquinaria, organización — se desarrolla de un modo por primera vez conocido en la Historia, se reduce la esfera del espíritu y los valores de la cultura — fórmulas religiosas, políticas, estéticas, morales, desprovistas de contenido — aparecen como un decorado superfluo en la superficie de la agitación contemporánea. La ordenación de la vida y del Estado que antes se realizaba con la lógica poderosa y espontánea de instintos profundos y sentimientos arraigados, es ahora un problema que debe resolver el frío criterio práctico de las personalidades o grupos dirigentes.

Al impulso vital, de índole religiosa, ha cedido su puesto al cálculo técnico. Esto es una realidad del siglo. Y junto con avanzar la civilización, desarrollando sus

virtualidades innumerables en el campo de la técnica, tendrá que hacerse más aguda y notoria la decadencia del espíritu. Los Estados Unidos proporcionan útiles ejemplos para una apreciación de este fenómeno que, por lo demás, se va manifestando en todas las comarcas de Occidente. Los propósitos humanistas de un grupo de intelectuales norteamericanos sólo representan un esfuerzo aislado, sin conexión con las tendencias dominantes en la masa, una actividad de círculo que, en ningún caso, podrá oponerse al avance de las fuerzas técnicas de la civilización y a una mayor standardización de la vida.

Otro tanto sucede — en América y en Europa — con las tentativas que se hacen para resucitar el fervor religioso. — Escritores como Massis, en Francia, propician, para salvación de Europa frente a los peligros de una posible agresión asiática encabezada por Rusia, el restablecimiento de la antigua unidad católica. Las distintas iglesias realizan tenaces campañas para reconquistar su poderío espiritual quebrantado por un siglo de filosofía racionalista y de ciencia positiva. Pero la dificultad de un resurgimiento de la religiosidad es insalvable: falta la disposición reverente de las almas donde arraiga la fe, la juvenil lozanía de los sentimientos y de las esperanzas. El mundo occidental está espiritualmente desierto, no cree en nada, niega los mitos que adoró en sus épocas de esplendor

moral, y aún, se niega a sí mismo.

Religiosidad de gran estilo, capaz de dar un sentido a la existencia humana, de comunicar nueva vitalidad simbólica al arte y de impulsar a las masas hacia importantes empresas colectivas, no la hay en ninguna parte. Hoy día la religión aparece reducida a la liturgia en los países católicos, y bajo la pompa del ceremonial y los ritos complicados se esconde la falta de energías espirituales. Cosa aún más mezquina acontece en las naciones protestantes: la religión se ha confundido con la pedagogía, es un simple conjunto de máximas para uso de comerciantes y deportistas, algo enteramente desprovisto de grandeza, de ímpetu. La famosa y difundida Y. M. C. A. es una excelente muestra del estado en que actualmente se encuentra, en medio de una civilización técnica, mercantil y deportiva, el espíritu religioso (?).

Las urgencias brutales de la lucha económica y la anarquía moral de las multitudes que no se sienten vinculadas a ninguna tradición, dan a la vida de hoy un afebrado ritmo trágico: arte, ética, Estado, economía, todo está en crisis violenta porque han desaparecido los sostenes, espirituales del hombre y de la sociedad. Esumados en la escena histórica esos factores de orden espontáneo y eficacia saludable que eran los sentimientos tradicionales, corresponden a la técnica planear las nuevas formas de vida, de trabajo, de Estado: labor de suprema importancia en las naciones occidentales que deben prepararse para los conflictos que se diseñan — trabaja vagamente, pero amenazadores e inevitables — en la perspectiva del porvenir.

Hemos dicho que la democracia difundida en Europa y América expresa el dominio aparente de los círculos intelectuales que redactan las leyes y el dominio real de las minorías financieras que manejan el crédito. El Estado liberal y democrático involucró, desde los comienzos, una contradicción inquietante entre la teoría política y la realidad social. Las mayorías han usufructuado de una soberanía ficticia que muy pocas veces ha influido decisivamente en los negocios públicos. El desenfreno individualista, derivado del rompimiento de las jerarquías y normas tradicionales y de la liberación de los instintos de lucro de las clases mercantiles, ha acrecentado la riqueza de pocos y la pobreza de las masas, aumentando la inestabilidad social y los conflictos internos del Estado.

No tardaron en reaccionar contra los excesos del egoísmo capitalista las muchedumbres laboriosas y miserables. La democracia

liberal, panacea burguesa, — perdónenos don José Ortega y Gasset — no traía la fórmula integradora del Estado. Al Estado absolución, expresión e instrumento de las clases nobles, sucedió el Estado capitalista que era una maquinaria más al servicio de los intereses desatados sobre el mundo por el desarrollo de la técnica y de la economía. El Estado Nacional, constituido por todos y para el bienestar de todos, no aparecía en parte alguna. Para lograrlo empezaron a constituirse en el siglo XIX las asociaciones sindicales y los partidos socialistas, los cuales, por una reacción necesaria contra los desbordamientos del individualismo liberal, propiciaron una intervención decisiva de los órganos del poder en la producción y la repartición de la riqueza.

Luego a impulsos de las necesidades históricas y de las presiones obreras, el Estado liberal ha ido poco a poco abandonando su actitud prescindente en lo que atañe a las relaciones sociales y al juego de los factores económicos. El Estado no puede contemplar con indiferencia, como en los principios del desarrollo industrialista, los conflictos entre los elementos que constituyen su realidad viviente. Tiene que intervenir cada vez más para evitar la anarquía en la producción, el debilitamiento nacional, la ruina histórica. Y así, la oposición entre el individuo y el Estado, tan grata al liberalismo filosófico de la burguesía intelectual, se va resolviendo a favor del Estado y en contra del individuo. Podrán dolerse de este fenómeno de los tiempos que corren los intereses particulares afectados, pero no podrán evitarlo: sus causas residen en el fondo orgánico de la evolución capitalista.

Para hacer frente con éxito a las contingencias críticas del proceso económico se hace indispensable, imperativo, disciplinar la producción. El Estado interviene a fin de imponer el predominio de las fuerzas auténticamente políticas y nacionales — voluntad del dominio, ideales colectivos, etc. — sobre los grupos y las instituciones que manejan la riqueza en provecho de círculos privados, cuya esfera de intereses es opuesta al bien general. La mera observación de los hechos demuestra que el sentimiento de la actual política conduce a una nueva organización del Estado, basada, no ya en abstractas concepciones de derecho sino en los núcleos reales de la sociedad.

El sindicalismo se presenta, por el momento, como el sucesor y superador de las instituciones democráticas. Los planes sindicalistas representan una aplicación de la técnica a la estructura del Estado: buscan un aprovechamiento eficaz

de los recursos individuales y colectivos. Para estar medianamente "en forma" frente a las circunstancias imprevisibles de la política internacional que cada día se llena de más oscuros problemas — pese a las ingenuas tentativas de un Wilson o de un Briand — los Estados necesitan desarrollar al máximo sus posibilidades de potencia. De ahí que los métodos sindicales se estén imponiendo: con ellos, la técnica organizadora entre el servicio de la política, se disciplinan y cohesionan en un ideal superior las fuerzas sociales hasta ahora enemigas, y se logra una mayor justicia en las condiciones de vida y en las modalidades del trabajo. Gradualmente, el Estado se va identificando con la sociedad.

## 4.º — Realidades hispano-Americanas.

Ahora bien ¿cuál es la situación real de Hispano-América en la civilización occidental, técnica y capitalista, cuyos rasgos generales hemos querido sintetizar? Estamos dentro de la órbita de intereses poderosos que se expanden con arrollador empuje, oscureciendo nuestro destino histórico. Desunidos y pobres, biológica y económicamente considerados, vamos dependiendo cada vez más de las potencias mundiales imperialistas que buscan y toman fuentes de materias primas, mercados propicios, zonas de colonización. Es nuestro continente una verdadera tentación para las naciones emprendedoras que, pronto, habrán agotado en el resto del planeta sus posibilidades de conquista y necesitarán nuevas tierras sumisas donde volcar sus excedentes de vitalidad.

La escasez de población blanca y la falta de capitales condenan a la mayoría de nuestros países al vasallaje económico. La economía rural, de tipo primitivo, única posibilidad independiente de trabajo y producción, va desapareciendo rápidamente con la penetración de fuertes empresas que utilizan la técnica en gran escala para la explotación de las riquezas originales del suelo americano. Las fuentes de riqueza más importantes son trabajadas por la técnica y el capital extranjero. El movimiento industrial, comercial y bancario del Continente está, casi en su totalidad, controlado por compañías y personalidades absolutamente ajenas a la soberanía del Estado. La autonomía política de los países hispano-americanos es, por eso, más aparente que efectiva.

Esta penetración del capitalismo internacional en Hispano-América es una necesidad histórica contra la cual sería absurdo intentar una reacción. Mediante ella desarrolla-

remos las virtualidades propias de la tierra y nos pondremos técnica y económicamente a la altura de la evolución en que se encuentran las naciones de vanguardia. Ya que no podemos alimentar esperanzas de una cultura original, porque somos occidentales rezagados por el lastre indígena, apresurémonos a ser integralmente civilizados, extremando la tensión de nuestras fuerzas vitales y estimulando el proceso capitalista. Pero, tenemos el deber de procurar por todos los medios que nuestro desenvolvimiento económico no comprometa lamentablemente el futuro continental, esclavizando los Estados al capitalismo extranjero, mediante la contratación de empréstitos cuantiosos que gravan las finanzas públicas y pueden llegar a ser pre-textos para la acción imperialista.

Y en esto estriba el error más fuerte de la política hispano-americana; pero, ¿es posible hablar de una política hispano-americana? La política en un sentido noble y profundo presupone acción de la energía colectiva en una dirección ideal, previsión y dominio del futuro, voluntad organizadora y esto — salvo casos trágicamente incomprensibles, como por ejemplo, las actuaciones de un Bolívar — no ha existido en nuestro Continente. La política criolla no ha tenido continuidad ni comprensión histórica. Apenas emancipadas de los sentimientos que las ataban a la metrópoli, monárquica y católica, las fuerzas bárbaras, hasta entonces constreñidas, irrumpen con violencia demagógica en la superficie, desorganizan la sociedad colonial, hacen del Estado un botín de guerrilleros.

A excepción de Chile — que por razones étnicas y psicológicas tuvo desde los primeros tiempos de libertad una evolución política de ritmo europeo — los demás países del Continente vivieron en perpetua confusión. Ningún gobierno estable, organizador, podía asentarse en el movido terreno de las pasiones y las ambiciones localistas. Y es que el mestizo ha sido siempre refractario a toda disciplina. A él se debe que el problema político haya tenido en tierras americanas un carácter trágico y, a la vez, grotesco: trágico, por la tensión iracunda y primitiva de las pasiones en movimiento; grotesco, por los aspectos externos que ha presentado la democracia vernácula. Mientras las clases blancas, laboriosas e ilustradas, siguiendo la evolución natural de la época, aunque no del medio, pretendían establecer las formas civilizadas de convivencia y de trabajo, el mestizaje — mayoría militante — desorganizaba los Estados recién constituidos e iniciaba la era sangrienta y dramática de las revueltas sin otro objetivo que el mando y el botín.

La raíz de la mayor parte de las tragedias y quebrantos continentales hay que buscarla en la congénita incapacidad del mestizo para adaptarse integralmente a la civilización, en la insubordinación de los instintos bárbaros frente a cualquier intento de regulación legal, de ordenado trabajo constructivo. La viveza de los instintos bárbaros y la dispersión geográfica explican suficientemente el fenómeno del caudillismo. Sólo el hombre fuerte, rudo, implacable, pudo sojuzgar los impulsos anárquicos de las masas mestizas. Un orden aparente se obtenía por el temor primitivo y la supersticiosa veneración que despertaban las dotes autoritarias del Caudillo, expresión de la tierra, intérprete arbitrario de una oscura voluntad popular.

El caudillo, jefe de horda sin otra ley efectiva que la violencia — ha sido el personaje representativo de la política de estas tierras y, a veces, por la calidad de sus intenciones y el provecho de sus iniciativas, ha sido beneficioso para la civilización del Continente. Pero, en la mayoría de los casos, la obra del caudillo ha sido improductiva y funesta: los elementos propiamente civilizados, las aristocracias blancas y urbanas de tradición europea, heredadas del colonialismo, aptas para la asimilación de formas superiores de vida, han sido víctimas de los desmanes caudillescos y de las hordas democráticas del mestizaje rural. La política de casi todos los países hispano-americanos ha sido de tipo oriental: despotismos ineficaces y sangrientos sucediéndose entre las turbulencias de una permanente guerra civil.

Singularmente distinta aparece en el confuso panorama histórico del Continente la evolución de Chile. Una firme clase dirigente y un estadista de superior carácter abaten las ilusiones desquiciadoras de los juriconsultos ideólogos y las fuerzas militares y organizan un Estado en el que bajo las fórmulas republicanas se perpetúa la rígida voluntad de orden de la colonia. Trabajan, por lo demás, en un medio propicio: la población chilena es homogénea y en ella no se presenta el conflicto entre los instintos bárbaros del aborigen y las fuerzas estabilizadoras del elemento peninsular, disciplinado por la cultura. Dominan en las clases altas y bajas los sentimientos jerárquicos, la religiosa veneración de las instituciones, el respeto a la autoridad consagrada, propios de la herencia monárquica.

La nacionalidad evoluciona, luego, orgánicamente bajo la dirección política de una severa aristocracia, de hábitos patriarcales y admirable honestidad. Chile es un vasto latifundio. La estructura co-

lonial se mantiene intacta bajo las formas constitucionales; pero, la evolución social y económica producen una sólida burguesía ilustrada de estilo europeo, sensible al contagio de las ideas y, poco a poco, la armazón autoritaria del Estado, empieza a modificarse en un sentido liberal. Sin embargo, las masas populares no se incorporan al Estado, como tampoco se incorporaron en las democracias burguesas de Europa; sólo en los últimos tiempos, siguiendo los imperativos políticos de la época, empiezan a influir poderosamente en los negocios públicos.

A las causas psicológicas y sociales de inestabilidad política se van, pues, agregando en nuestro Continente, las causas de orden general, inherentes al período por que atraviesa la civilización occidental. El progreso de la economía capitalista, el crecimiento de la población urbana, el tráfico internacional, las afluencias migratorias, etc., dan al problema político en Hispano-América un sesgo particularmente grave debido a nuestra dependencia de factores financieros incontrolables por parte de los gobiernos nacionales. De golpe, nos encontramos azotados por las crisis mundiales, sin disponer de elementos suficientes para enfrentarnos con éxito.

No podemos pensar en implantar entre nosotros las formas de organización que se perfilean en las naciones europeas: carecemos de independencia económica, de condiciones técnicas, de potencia militar. Cuando nuestra evolución natural llegue a la madurez conveniente esas formas se realizarán, también, en Hispano-América. Los Estados Unidos constituyen actualmente una avanzada de la civilización: la técnica y el poderío capitalista tienen ahí un extraordinario desenvolvimiento que la Europa, detenida por fuerzas culturales moribundas, todavía no logra alcanzar. Pero vamos hacia una standardización de las formas de vida en Occidente y ella será, indudablemente, según los síntomas perceptibles, de tipo norteamericano. Hispano-América se encamina a lo mismo. Mientras tanto, ¿qué podemos hacer para salir al encuentro de nuestro destino histórico sin mengua de nuestra precaria personalidad política? ¿Cuál será la manifestación próxima, inmediata de ese destino?

Eugenio González R.

(Continuará)

NUMEROS ATRASADOS de "INDICE" se venden en las librerías "NASCIMIENTO y CULTURA", de esta ciudad. También pueden pedirse a la Administración, Clasificador 24 A. previo envío de su valor, más el franqueo, en estampillas.

(De la vuelta).

Es esta una de las películas sonoras que ha llamado más poderosamente la atención en los públicos europeos. En efecto, constituye ella una tentativa única, que seguramente hará escuela, en que el sonoro se muestra como un arte de gran envergadura, y posibilidades estéticas insospechables. No se trata esta vez del cine en servidumbre de la literatura sino en cohesión con la música, rama del arte con la cual, por su naturaleza intrínseca, está en conexión especialmente estrecha. Lo que ha tratado de hacer Walter Ruttmann es fundir en la pantalla dos planos de índole estética diferente: uno musical y otro visual. A la suite de imágenes se sobrepone una suite sinfónica y ruidos a veces en simple sincronización otras como si dijéramos en contrapunto. Precisamente uno de los valores más interesantes de este film reside en el empleo de los ruidos naturales en cuanto elementos musicales. Las imágenes han sido tratadas de igual manera que los sonidos por otra parte. El resultado es verdaderamente excepcional. Es una lástima que después de esta presentación hecha como a escondidas, este film no haya logrado interesar nuevamente a los empresarios. Esperamos que

de aquí a algunos días más sea una realidad el Cine-Club que "Indice" trata de organizar y podamos ver de nuevo este film interesante bajo tantos puntos de vista.

## Karr-Prandi.

Karr-Prandi trabaja desde hace un mes entre nosotros. Precedida de un réclame discreta llegó esta compañía al Comedia y sin mayor bombo empezó su temporada: que se anunció de quince días. El público le ha reservado una favorable acogida. Se trata de una compañía de medios heterogéneos, sin que pueda decirse excepcionales, pero que enfrenta su labor con verdadera honradez. Las obras han sido estudiadas metódicamente y lo que es más, el conjunto se empeña por desempeñarse de la mejor manera posible. Muchas veces obtienen resultados meritorios. Siempre trabajan con empeño y honradez. Leonor Karr tiene a su haber verdaderas creaciones. Prandi cuando se empeña en roles de galán fracasa un poco, pero logra aciertos acabados en roles característicos. En general una compañía que da más de lo que pudiera esperarse de sus medios.

H. F. V.